

# ALCANTARA

REVISTA LITERARIA

Publicación mensual de los Servicios Culturales de la Excm. Diputación Provincial de Cáceres

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: PALACIO PROVINCIAL.—TELÉFONO 1584

## Precios de suscripción

En ESPAÑA: 25 pesetas al año. EXTRANJERO: 30 pesetas

Número suelto: En ESPAÑA, 3 ptas. EXTRANJERO, 4 ptas.

## SUMARIO

	Páginas	
Elogio de la palabra .....	3	Pedro Romero Mendoza.
Nuestros clásicos: La flor del Zurguen..	10	Juan Meléndez Valdés.
Recuerdos: El Rigodón.....	11	Miguel Muñoz de San Pedro, Conde de Canilleros.
Cáceres (Viejo país del alma) .....	14	Jesús Delgado Valhondo.
¿Quién es Cristóforo Colombo?.....	15	Carlos Callejo.
Emérita Augusta (Visión de Mérida).....	23	Manuel Monterrey.
Romancillo de Moguer .....	24	José Canal.
Fray Rafael de la Torre, Teólogo Extremeño y sus comentarios a la Oración Dominical .....	25	Lcdo. Antonio Aradillas Agudo.
Poemas anodinos: Una fábrica.....	38	Fernando Bravo.
Miedo.....	39	Carlos Tus.
Crítica sin hiel.....	41	«Un Aprendiz de Hablista».
Romance de los dos hijos marinos .....	43	Eladia Montesino.
Flores de Hispanidad en Trujillo .....	44	Marcelino González-Haba.
¿Qué sueñas? .....	47	Virgilio Rubens.
Necrológica: Don León Leal Ramos ..	48	La Redacción.
Ideario Extremeño .....	48	Donoso Cortés.
Romance de la niña del pañuelo .....	49	J. Ramos Aparicio.
Cartas abiertas.....	50	Ladislao Díaz Domínguez y Pedro Romero Mendoza.
Mirador: Crónica .....	52	Curio O'Xillo.
Recensiones.....	55	«Omar el Zegrí» y «Kassem Ibn Karem».
Noticia de Revistas .....	62	C. R.
Láminas .....		Nuestros artistas: «Calle de pueblo» por José Antonio Navarro y fotos de Javier y Olivenza.



# ALCANTARA



D. Legal CC-26-1958

Año XIV

ENERO - FEBRERO - MARZO

Núms. 123-124-125

## ELOGIO de la PALABRA

(ENSAYO sin TERMINAR)

«Nunca fué la palabra el vehículo adecuado para la expresión del sentimiento, y nunca el hombre más capaz de expresar, mediante el verbo, ni la ternura ni el placer estético, ni los goces más violentos o refinados que lo sacuden» (Patografía de Santa Teresa página 15.)

**N**os coge de nuevas la afirmación tan rotunda que encabeza este trabajo. Estamos acostumbrados a ver cómo la teoría más aventurada o extravagante labra el triunfo de quien la concibe; que los pensamientos más desatinados tienen fama de originales y juiciosos, y que la filosofía más en boga es la menos provista de fundamento científico. Un buen día, don Benjamín Jarmés, muy estimable por otra parte, nos dirá con motivo de *La montaña mágica*, de Thomas Mann, que el arte no es un fin, sino un medio para realizar la idea; otro día, Pérez de Ayala pondrá al autor de *Los intereses creados* y *Señora ama* por bajo de los Quintero y de Arniches; y *Azorín* diputará de inimitable poeta épico a Ercilla...¿No es esto jugar a los despropósitos y adoptar opiniones que ni siquiera han sido probadas en la piedra de toque del sentido común?

Si la palabra no es el instrumento adecuado para expresar nuestro sentir ¿habrá que renunciar a exteriorizarlo o existirá otra manera más perfecta y apropiada? Ya se nos alcanza que al hacer aquella afirmación el señor Novoa Santos, referiase a los sentimientos más alambicados y sutiles, o a los más fuertes y súbitos, que se desbordan del cauce de las palabras, impotentes para contenerlos, como rebasa el río su álveo o lecho cuando se sale de madre, según suele decirse. Porque para expresar sentimientos vulgares, un simple dolor de muelas, por ejemplo, no estimaría inadecuado al lenguaje, el señor Novoa Santos.

De las dos creencias que se disputan la verdad respecto del origen del lenguaje, nos inclinamos por la que lo reputa de divino, pues nos parece don tan inestimable y primordial que hay que pensar en la di-

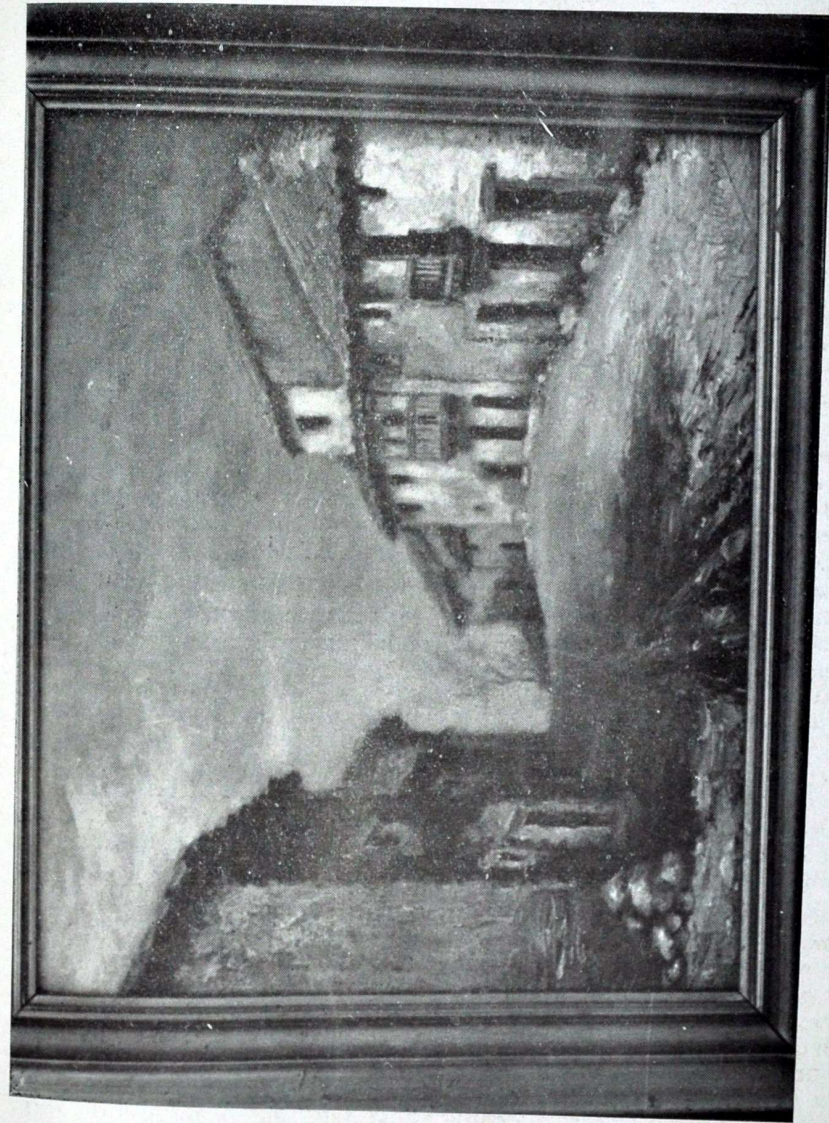
vina sabiduría, más que en el limitado poder del hombre, como causa o principio de la palabra. Y no será temerario suponer que al concedérsela Dios puso en ella, algo así como en germen o embrión, las posibilidades adecuadas a cada instante de la humanidad. De esta manera, los pueblos que han alcanzado un grande florecimiento, han tenido una lengua muy rica y hermosa.

¿Previo Dios al darnos el lenguaje todas las posibilidades del espíritu, en sus diversas modalidades, con la excepción, precisamente, de las que se refieren al sentimiento? Para rechazar esta suposición bastará pensar que el rescate de «la dicha anterior al pecado original, será más viable y hacedero por el camino de la santidad que por el de la ciencia». «Más delante de la sabiduría infinita—ha dicho una Doctora en Teología—créame que vale más un poco de estudio de humildad y un acto della que toda la ciencia del mundo»... «Pues el que más alto estuviere, más se ha de temer y fiar menos de sí». No es necesario que busquemos la razón de todo esto en la Teología, sino simplemente en las Bienaventuranzas. Jesucristo prometió el reino de los cielos a los pobres de espíritu, y la posesión de la tierra a los mansos de corazón, y el consuelo a los que lloran, y la misericordia a los que a su vez fueran misericordiosos, y la visión de Dios a los que tuvieran limpio el corazón... Pero no se acordó para nada de los sabios. Esto no quiere decir que los repugnase, porque la inteligencia humana ¿qué es sino un destello de la divina? Negar, pues, la idoneidad de la palabra, en cuanto atañe a la expresión del sentimiento, es aventurado y temerario.

No ya en el orden filosófico, sino en el de los hechos concretos, contra los cuales no caben argucias dialécticas, por sutiles que sean, encontraremos mil testimonios favorables a nuestra tesis.

En una colina próxima a Jerusalén, aparecen tres hombres clavados en sendas cruces. El de en medio, que es el Hijo de Dios, tiene a sus pies unas pobres y desconsoladas mujeres. El sol que ha brillado en el cielo hasta ahora, se oscurece de repente y deja a la tierra entre tinieblas. Un legionario acerca a los labios sedientos de Jesús una esponja empapada en vinagre y prendida en la punta de una caña. No es el agua cristalina de los arroyos, sino el brevaque agrio de la soldadesca romana. Poco después, Jesús, que ve llegada la hora de la liberación, exclama: «Todo está consumado... Padre mío en tus manos encomiendo mi espíritu».

No cabe mayor sobriedad, y sin embargo aquí se encierra todo el drama de la Pasión. Porque la palabra es sumamente evocadora. No se contrae al acontecimiento inmediato, sino que provoca una rápida sucesión de hechos, y por esta circunstancia basta una frase, sencilla y breve, para que se reproduzca en nosotros todo el proceso de que es síntesis y resumen. Ya dijo Proust, y a mí me ocurrió con frecuencia, que una palabra, un objeto, un pormenor cualquiera puede retrotraernos a tales o cuales sucesos de nuestra vida, ya que la imaginación sólo necesita un estímulo para lanzarse, auxiliada por la memoria, a reconstituirlos. Habrá que tener de corcho el corazón y embotado el espíritu para que este postrer lenguaje de Jesús no nos enternezca e incluso llame las lágrimas a los ojos. Es decir, que tiene la propiedad de



NUESTROS ARTISTAS: «Calle de pueblo», por José Antonio Navarro

comunicarnos el intenso dolor, la amargura infinita del Crucificado, como si cada letra fuese un latido de su corazón.

No sabemos tampoco que los grandes enamorados—Dante, Petrarca, nuestro Fernando de Herrera—enmudeciesen junto a su amada por creer que las palabras, torpes e ineptas, no acertarían a traducir sus pensamientos. Habrá incluso un bello y natural desorden en la expresión lírica del sentimiento, porque el amor no puede manifestarse con la precisión y exactitud de una fórmula matemática; pero como ese desorden, precisamente, es requisito indispensable de la poesía lírica, ninguno de aquellos poetas eróticos renunciaron a expresar sus querellas de amor por medio de la palabra. La *Vita nuova* y el *Cancionero* están llenos de conceptos amorosos, desde el más alquitarado platonismo a los requiebros galantes.

El lenguaje no sólo sirve para revelar nuestro sentir, por hondo y complejo que sea, sino que oculta o disimula también aquellas pasiones que no son confesables. Cuando tal cosa sucede, la palabra viene a socorrernos, y lo que nos parecía que iba a ser una explosión súbita de los sentidos, se convierte en súplica, o en lamento, o en apasionada protesta de amor.

Subamos para comprobar nuestro aserto a la cima del Gárgaro. Allí está Juno, resplandeciente de hermosura, y para hacerse más irresistible lleva puesto el cinturón de Venus. Hasta diríamos que está en adoración de su persona la naturaleza entera. El sol brilla con más fuerza, los pájaros y los insectos rivalizan en sus manifestaciones de júbilo; el aire es más transparente y una atmósfera tibia envuelve todas las cosas. Júpiter, deslumbrado y arrebatado por la hermosura de su mujer, jamás como ahora se sintió tan atraído por tales encantos. Cada palabra es un dulce requiebro, una ternura amorosa con la que se disimula, sino se oculta del todo, el impetu de la pasión.

No habrá seguramente en toda la redondez de la tierra un solo pueblo que deje de rendir culto a algún dios, ya sea éste feroz y rudimentario como el de los amonitas, ya sea el único y verdadero Dios de los pueblos occidentales, y que en las prácticas religiosas propias del culto divino no tenga a la palabra por su mejor aliado. Cada rito o ceremonia constará de diversos movimientos, actitudes y genuflexiones, que irán precedidos, seguidos o acompañados del lenguaje oral, por ser el modo de expresión más a propósito para revelar cuanto pensamos, sentimos y queremos. Ya nos podríamos dar con un canto en los pechos si cada palabra de una oración o fervorín contuviese toda la ternura—río de leche y miel—que le cabe en su seno. Pero en la mayoría de los casos nuestros rezos son maquinales e inexpresivos, porque el pensamiento está solicitado por otras atenciones y no sabemos o queremos desasirnos del mundo exterior. Ya dijo Santa Teresa muy donosamente «que la que no advierte con quien habla, y lo que pide y quien es quien pide y a quien, no le llamo yo oración, aunque mucho menees los labios» Sólo los grandes ascetas y contemplativos podrían quejarse de la estrechez o angostura de las palabras, que les privaría de la revelación exacta y precisa de sus sentimientos; pero no debe de ser así, puesto que ni el beato Juan de Avila, ni fray Juan de los Angeles, ni

San Juan de la Cruz, ni otros muchos ascetas y místicos que sería prolijo enumerar, han desistido de comunicarnos sus éxtasis y arrobamientos, la dulce intimidad de sus coloquios con Dios.

El lenguaje es como un instrumento de música, que suena mejor o peor según la maestría de quien lo tañe. Llenémosle de emoción, de ternura y las palabras se derretirán como la cera al fuego. Encerremos en él una pasión cualquiera, y le veremos henchirse hasta estallar. Otelo cuando requiebra a Desdémona pone un volcán en cada palabra, cuyo significado estricto sería el mismo en otros labios cualesquiera, mas en los del celoso moro presenta todos los tonos y matices de la pasión. No se desdeñe, pues, al lenguaje como si fuese un instrumento de una tesitura determinada. Si las palabras no vibran, ni aparecen llenas de tornasoles, ni chorrean miel, culpa será de nosotros. La misma Santa Teresa, en sus deliquios y raptos de amor divino, tampoco las desdeña. Emplea y aconseja frecuentemente la «oración vocal», a condición de que el entendimiento tome también parte activa en ella.

De los cuatro grados de oración a que se refiere la Santa en el *Libro de su vida*, sólo en el último huelgan las palabras. Como es sabido estos cuatro grados de oración representan diferentes situaciones del alma, que conspiran a un mismo fin: la unión con Dios. A medida que el alma va subiendo por esta escala, en cuyo postrer peldaño ha de verificarse el fenómeno sobrenatural que los místicos llaman raptó, arrobamiento o éxtasis, la lengua no anda ociosa. Como Dios está tan próximo no es necesario prorrumper en ruidosas alabanzas, ni alborozadas exclamaciones. Bastará menear los labios para que nos entienda. Un pasito más en este camino nos situará más cerca aún del Señor, y como desasidos de las cosas que tenemos en torno. Los sentidos parece que se embotan, por lo cual apenas si llegan al cerebro las impresiones recibidas. Una luz esplendorosa y radiante ciega nuestros ojos. Las potencias del alma, como ingravidas mariposillas, van de acá para allá, sin detenerse en parte alguna. Comenzamos a sentir un general embotamiento, durante el cual ni vemos, ni oímos, ni hay orden y concierto en las palabras que afloran en los labios. Es un lenguaje quedito, tenue como hilillo de agua mansa y callada, No sabemos nada de nada. Hemos perdido la noción de las cosas. Andamos en puntillas, y hasta diríamos que no apoyamos los pies en tierra, pareciéndonos o imaginándonos que nos llevan en volandas. Un pasito más—el último—y habremos logrado un desasimiento absoluto del mundo real y externo. El alma se ha embestado en sí misma; está como anegada en una potentísima luz sobrenatural. En este instante maravilloso que los grandes contemplativos llaman levantamiento o éxtasis, que es más que unión, está suspensa la mente, y quieta la voluntad, y la boca tiene puesto el entredicho de este total anonadamiento, ¿qué ha de hacer la lengua sino enmudecer? Pero es aquí donde la palabra nada tiene que hacer. ¿Qué otro remedio le queda si las potencias anímicas no actúan, si el pensamiento está en suspenso y la voluntad nada apetece, porque está ahita, y la imaginación constructiva y evocadora renuncia a su actividad, y la memoria es como espejo sin azogue?

Una barquilla de papel, cargada de una hormiga flotará perfecta-

mente en una palangana llena de agua; pero la misma barquilla de papel, con un ratón encima se irá a pique irremisiblemente. Esto quiere decir que no se puede ir contra las leyes de la Física, y como los fenómenos psicológicos, al igual que los físicos, están sujetos a determinadas leyes, si nos empeñamos en exteriorizar por medio de la palabra aquello que la mente ni distingue, ni conoce, nos iremos también, como el ratón, a pique.

Así y todo, Santa Teresa no se resiste a la tentación de declarar lo que cree sentir en los dulcísimos momentos del éxtasis. Pero ¿qué lenguaje es el suyo? Ahora sí que la lengua, torpe y balbuciente como la de un niño, cae en un laberinto o confusión. Santa Teresa no sabe lo que siente en la unión de su alma con Dios. Los sentidos callan, o trasladados a otra realidad más sutil, hablan un lenguaje que la mente no comprende. Bien pudiera acaecer también que sumido el entendimiento en esa luz potente y cegadora, que es Dios mismo, comprendiese a lo divino, pero que vuelto a su limitación humana, no acertase ya a discernir las emociones de que estuvo ahito durante el raptó o éxtasis. De cualquier forma que sea, el resultado será el mismo, llegaremos a la misma conclusión; ineptitud de la mente para discurrir sobre un estado que no conoce.

Así y todo, decíamos, la Santa de Avila intentará comunicarnos cuanto cree pensar y sentir en esos instantes, y si bien Dios la ayuda, inspirándola, por lo cual ella parece como si escribiera al dictado del Espíritu Santo, o escribe realmente, el instrumento le falla, porque no hay en él todas las cuerdas que fuese menester para poner en música humana, la divina. Luego no se trata ya de comunicarnos sentimientos propios de la naturaleza del hombre, a cuyo fin coadyuva la palabra.

Se nos dirá tal vez que el Sr. Novoa Santos tenía en parte razón, si no en lo que al éxtasis se refiere, en lo que a la interjección, por ejemplo, toca. La interjección es un grito sin sentido. Su significado depende del trance en que estamos, y ha de ir acompañada de algún gesto, actitud o movimiento que explique o aclare, al menos, nuestra situación. A falta de palabras precisas y adecuadas que exterioricen puntualmente nuestros sentimientos súbitos, acudimos a esas exclamaciones sin claro sentido, que lo mismo expresan dolor, que alegría. No hay tal cosa. La interjección es una oración elíptica, esto es, en extracto o resumen. Tan es así que algunos gramáticos la excluyen de entre las partes de la oración, por entender que no puede ser parte de un todo lo que es ese todo en sí.

Cuando recibimos un golpe o nos dan una noticia muy desagradable, lo seguro será que lancemos una exclamación de dolor, que equivaldrá en cada caso a estas oraciones: «El golpe que acabo de recibir me ha producido un dolor enorme». «La desagradable noticia que acaban de darme me ha sumido en un mar de tristeza». Pero como la impresión es tan súbita e inesperada, la mente apenas si ha tenido tiempo de enterarse y el grito que proferimos ofrece cierto carácter de simultaneidad respecto del agente que lo motiva, y es más fisiológico que resultado de una elaboración mental. Para que comprendamos todo esto

sin el menor esfuerzo, bastará que recordemos los probables orígenes del lenguaje, según el parecer de cualquier filólogo racionalista.

La interjección aparece en la primera fase intelectual del hombre. Corresponde a estados primitivos de conciencia y es la declaración verbal de nuestros afectos, ideas y emociones. Impresionada la mente por el espectáculo de las cosas, exterioriza sus nociones rudimentarias con la ayuda de gritos inarticulados que son comunes a todos los pueblos. La actitud o ademán contribuye a la revelación de estos estados afectivos. A medida que el entendimiento conoce y distingue, haciéndose por tanto más analítico, surge la necesidad de adjetivar las cosas que nos han impresionado favorable o desfavorablemente, y, más tarde, las cualidades descubiertas en los fenómenos percibidos se sustantivan, y aparecen los nombres de cada una. También pudo darse un proceso inverso; nombrar primero y adjetivar después, ya que lo sustantivo debe preceder a lo adjetivo. Posteriormente adviene el verbo, que es por excelencia el elemento más dinámico del lenguaje, y las ideas y las emociones, en cuanto determinan acción o estado, se cifran en estos signos verbales de tan variadas formas. Vemos, pues, un paralelismo evidente entre el proceso mental del hombre y la palabra. Donde hay una idea, una sensación, un sentimiento o un deseo, hay una palabra, que es la forma sensible de nuestro *yo*, el espejo donde van a mirarse nuestros diversos estados de conciencia. Si el sentido abstractivo de los hombres, descubre cada vez más modalidades y matices de las cosas, el lenguaje se enriquece y dilata, como se agranda y extiende la sombra a medida que aumenta el volumen de las cosas.

Se infiere sin dificultad de cuanto va escrito que la interjección representa una fase rudimentaria del lenguaje, y que ya en los albores de éste, ya en nuestros días, expresa, por unas u otras razones, estados de conciencia también rudimentarios.

¿Quién culpaba de deficiente al lenguaje porque no acertásemos a explicar esas pesadillas oscuras e indescifrables que padecemos en los estados febriles? Ni por conocimiento directo, ni por comparación o afinidad nos es dado determinar con la misma exactitud con qué precisamos la forma de un triángulo o el resultado de una suma, el complejo fenómeno psíquico que se está verificando en la mente cuando dormimos en plena fiebre. La palabra, que es algo así como la forma corporal de las ideas y sentimientos, no va a corregir por sí misma la torpeza de nuestro sentido íntimo, incapaz hasta ahora de sintetizar de modo inteligible las confusas manifestaciones de la pesadilla.

Si el lenguaje no es el vehículo más adecuado para expresar la ternura, y el odio, y el placer estético, y las emociones que nos sacuden, como vendavales del espíritu, ¿qué papel pintan en este mundo los poetas? ¿No habrán perdido el tiempo lastimosamente? Y sin embargo, ninguno de ellos, que yo sepa, ha renunciado, al sentir inflamada de inspiración el alma, a comunicarnos sus sentimientos.

Poned a un arquitecto al frente de una obra gigantesca, que ha de llevar a cabo con la milésima parte de los materiales que necesita, y le veréis renunciar a emprenderla. ¿No habría hecho lo mismo el creador

de la belleza si comprendiese que la palabra es la mitad siquiera de los elementos de expresión que se precisan para realizar el arte?

Si eres, lector, hombre de pelo en pecho, como suele decirse, capaz de meter miedo al miedo, disponte a descender al Infierno, conmigo y en compañía también del inmortal poeta florentino. Es un viaje de mentirijillas y nada hay que temer. En cambio nos permitirá comprobar la fuerza expresiva de la palabra y su valor patético.

Sabemos que el Infierno es un lugar de expiación destinado a los infractores de la ley de Dios, y que los siete pecados capitales tienen la culpa de que esté tan concurrida esta región tenebrosa. El concepto huraño y adusto que de la justicia divina se había formado Dante, contribuyó enormemente al patetismo de su poema en esta primera parte. Desde el momento en que la luz de las estrellas no alumbró el áspero y tortuoso camino, todo cuanto hay en derredor nos espanta y acongoja. Reina la oscuridad, surgen sombras de figuras mortales por donde quiera y oyense los primeros ayes de dolor. ¡Qué terrible espectáculo! Aquellas palabras que rezan en la puerta del Infierno:

Per me si va nella città dolente

las vemos confirmadas ahora al introducirnos en esta especie de embudo o de cono invertido, según la idea que el genial poeta tenía de la mansión luciferina. A medida que avanzamos se irán representando a nuestros ojos atónitos las escenas más horribles. De las almas de aquellos seres que si no estuvieron en vida adornados de virtudes, tampoco el vicio los manchó con su aliento impuro, y que sufren como castigo los picotazos de multitud de insectos, pasaremos al ámbito donde los lujuriosos se ven constantemente empujados por el viento, y después al de los glotones, hundidos en el fango y azotados por una fortísima granizada, vendrán en sucesión pavorosa los avaros, y los irascibles, y los herejes, e iremos de espanto en espanto, hasta llegar al último círculo, el de los falsarios, donde el arzobispo Ruggieri expia su traición. En esta trayectoria vertical, y sumidos en la oscuridad más profunda, no tendrá nuestro ánimo reposo ni sosiego. El dolor, como una tenaza inexorable, nos tendrá prisioneros, y acaso nos sintamos desfallecer de angustia. El inmortal poeta experimenta el placer de la venganza, que es también el de los dioses. ¡Cómo se recrea en la terrible pintura del dolor! ¡Con qué voluptuosidad nos habla del ejemplar castigo de la justicia divina a los tozudos infractores de la ley moral! La atormentada imaginación de Dante construye a golpe de maza y con la agilidad y vigor de los ciclopes, esta ciudad del llanto, perdida en el centro de la tierra y oculta a la luz de los astros.

El Conde Ugolino, para contarnos la desgarradora historia de su vida, dejará de roer el cráneo del azor, mas a penas concluida volverá con ahínco febril a clavar los dientes en la codiciada presa.

...con gli occhi torti  
riprese il teschio misero coi denti,  
che furo all'osso, come d'un can,forti.